

tas. Aquello parecía trabajo preparado para que lo aprovechara otro. Cuando en el reloj cercano sonaron las tres, el pobre muchacho tenía ya la cabeza pasada, la vista insegura, y su hermoso busto, inclinado aún hacia la mesa, aparecía envuelto en una nube de humo que habían dejado en la atmósfera del cuarto los pitillos consumidos, cuya ceniza movida por la respiración, revoloteaba sobre las hojas de los libros. Todavía continuó llevando cuartillas un rato, hasta que, yertos los pies y ardorosa la frente, recogió los papeles y los guardó en uno de los volúmenes. En seguida sacó un plieguecillo para una carta, y quedándose un instante como ensimismado, pensó: "La escribiré, por si no nos vemos mañana." Luego, al buscar los sobres, como hubiese entre ellos uno mayor y más pesado, lo abrió, sacando de él dos ó tres cartas y un retrato de mujer, el de la señorita de coche que mentó Leocadia, y contemplándolo un momento, murmuró: "¡Qué bonita es!" En seguida, sin que ningún ruido le distrajese, entregado con alma y vida á sus ideas, tomó el plieguecillo y comenzó á escribir.

"Adorada Paz ..."

II

Pepe y Millán se conocieron en 1862, cuando á los catorce ó quince años cursaban en el Instituto del Noviciado *primero de latín*.

Eran ambos entonces de escaso desarrollo físico, pero inteligentes, gnapos, listos sin exceso de picardía, y avisados sin sobra de malicia. En su organismo endeble de madreleños criados en casas pobres, prevalecía su entendimiento de niños educados junto á personas mayores que, sin velar nada, hablan de todo libremente. Pepe era delgado, alto, laraguirucho, con el pelo rucio, rizado y arremoninado, que dicen ser indicación de genio vivo. El mirar penetrante de sus ojos parecía al fijarse en las cosas, querer arrancarlas la enseñanza que de ellas brota; nunca se le can-

saba la boca de preguntas, ni los oídos de respuestas: en cambio, la impaciencia que demostraba para interrogar se le trocaba en calma para oír. Desde pequeño, una incredulidad instintiva le hizo regocijarse menos que otros chicos con los cuentos de brujas, y siendo mayorcito, siempre tuvo en los labios el *¿cómo?* y el *¿por qué?* A semejanza de los niños que rompen los juguetes para ver lo que tienen dentro, él, obedeciendo quizá á una predisposición poco vulgar, pretendía que se le diese explicación de todo; así que, para negarle lo que pedía, era preciso, al menos, simular un razonamiento, convencerle, con lo cual quedaba tranquilo y obediente. Su precocidad no era la que consiste en el temprano desarrollo de algunas facultades, sino en cierta serenidad de juicio que, dominando sobre las impresiones, le impulsaba á rechazar lo que su entendimiento no alcanzaba. Había que explicárselo todo, y la señal de que lo comprendía era una docilidad encantadora. Jamás consiguió una criada divertirle con gigantes de los que tragan carne cruda, hazañas de ladrones ni aventuras maravillosas de princesas encantadas; pero si escuchaba á sus padres sucesos reales, casos vívidos, algo en

que hubiera verdad, entonces, con los ojitos muy abiertos, como perrillo á quien enseñan golosina, se estaba quieto, esperando que la relación terminara, para hacer luego preguntas y más preguntas acerca de lo que podía entender. Con una sonrisa muy burlona rechazaba lo que repugnaba á sus ideas añejas, y á veces, las frases que se le ocurrían, si no por el propósito, tenían por la entonación algo de sátira.

Millán era más inocentón, más chico, había menos dificultad para engañarle, y era también de mayor robustez y dado á juegos más arriscados. La savia de la vida, que el primero tenía como reconcentrada en el cerebro, había tomado en el segundo forma de energía física. Uno era de la estirpe de los que piensan, otro de la raza de los que obedecen. Viéndolos jugar juntos, resultaba Pepe voluntarioso, porque Millán parecía plegarse á sus cáprichos; pero, á poco que se les observase, era fácil notar que la pasividad de éste no era sino el reconocimiento implícito é instintivo de la superioridad de aquél. Además Millán tenía buenísima índole y, como complaciéndose en ello, dejaba ver que, si en cosas de fuerza estaba la ventaja de su parte

en todo lo restante era de Pepe la primacia. En hacer espadas de palo, cortar tablas, correr al marro, saltar al paso, trepar por rejas y encaramarse á tapias, no hallaba Millán competidor: para lograr premios, disculpar travessuras y evitar regaños, tenía Pepe especial ingenio. Sabía esperar para pedir á tiempo, dejar pasar los primeros instantes de un enfado, no irritar el disgusto con respuestas y evocar, en ocasión propicia, el recuerdo de lo ofrecido.

Los comienzos de su amistad fueron una especie de pacto contra el latín y contra aquel modo de enseñar la lengua de Lacio que había aborrecibles á Virgilio y á Cicerón. Formaron una sociedad de socorros mutuos para apuntarse la lección, ahorrarse trabajo al traducir, buscando juntos los significados en el diccionario y responder, al pasar lista, uno por otro: hasta llegaron á reunir en común la colección de sellos de franqueo que por entonces hacía todo chiquillo madrileño. Al principio sólo se veían en el aula ó en el claustro del instituto, que tiene entrada por la calle de los Reyes; luego se encontraron en el camino al venir de sus casas, y lo anduvieron juntos, esperándose recíprocamente en la

calle de Santo Domingo, donde llegaban casi á la misma hora. Millán vivía en la plazuela del Biombo; Pepe en la calle de Botoneras: aquél venía por la costanilla de los Angeles; éste por la calle de las Veneras, y después seguían juntos hasta el Noviciado, haciendo escala en cuantos escaparates hubiera algo que les llamara la atención. Las mañanas de invierno compraban buñuelos, las tardes de verano chufas, y en todo tiempo alfeñique, mojama, garrofa ó caramelos de á ochavo; pero su verdadera delicia consistía en repartirse una caja de pitillos, sin que jamás llegasen á reñir sobre quién gastaba un cuarto más ó menos. Durante el primer curso conservaron el aspecto algo encogido de chicos criados entre faldas y limpios de lenguaje, no hechos á la libertad de andar solos por la calle; mas al poco tiempo fueron abriendo oídos á la malicia y teniendo la lengua pronta para la desvergüenza: entróseles la picardía al pensamiento como ciencia infusa, aprendieron á decir palabrotas, pegóseles algo de ese impudor que se recoge al paso, y aumentaron su vocabulario con frases soeces y giros achulados, cuyo sentido acaso no entendían, repitiendo tales cosas por imaginar que hablando

gordo harían viso de hombres bragados. No por esto se malearon, y aquellas obscenidades y términos que empleaban entre sí, pero que ante nadie repetían, fueron como un cieno que, si les ensució la boca, no les llegó á manchar el alma.

Una mañana que faltó á su clase un catedrático, se marcharon con otros chicos á jugar á Era del Mico, y esta escapatoria fué para ellos una revelación. De entonces en adelante, cuando calculaban que podían preguntarles la lección, iban á clase; pero los más de los días, luego de pasada lista, se escurrían, ó pinchándose las encías y manchándose el pañuelo, fingían echar sangre por las narices para que les dejaran salir, renegando de la declinación y el hipérbato latino como de las mayores infamias que inventaron hombres. De esta época data en la historia de su vida la larga serie de correrías que hicieron por Madrid, evitando siempre ir por calles céntricas donde pudieran hallarse de manos á boca con quien diera en sus casas noticia del encuentro. Así llegaron á conocer palmo á palmo cuantos paseos, carreteras y cuestras rodean á la Corte, yéndose á pies que queréis por esas rondas, como hidalgos de leyenda que mar-

chan á ver tierras, y por entonces debió ser cuando en casa de Millán el padre de éste, y en la de Pepe su madre, notaron que los chicos rompían zapatos como si lo hicieran á porfía.

El famoso Marco Polo en lo antiguo, y Livingstone ó Stanley en estos tiempos, fueron junto á ellos exploradores de poco más ó menos. ¿Qué mayor expedición que ir desde Noviciado á la Puerta de Hierro haciendo escala en el Puente Verde para llamar ¡todas! ¡todas! á las lavanderas del río? ¿Pues y el viaje á Moratalaz ó Amaniel para ver hacer el ejercicio á la tropa? ¿Y el ir á extasiarse ante los puestos de San Isidro, en vísperas de romería, ó marcharse en invierno á ver si se había helado el Canal del Lozoya? Lo que nunca se les ocurrió fué tomar partido en pedrea de las Peñuelas, ver ajusticiado en el Campo de Guardias, ni tratar con los barquilleros que, al juego de la cinta, robaban dinero á los provincianos en la Montaña del Príncipe Pío. En cambio, les divertía mucho ver en Palacio la parada ó estarse en Santa Cruz, oyendo á los charlatanes perorar desde pescante de un simón, vendiendo *grasa de león para quitar manchas* ó diciendo que tenían

polvos para matar los *insetos solitarios del estómago, que es el intestino donde se mete la comida*. ¡Y el caudal de conocimientos que adquirieron! Por algún tiempo se aficionaron á la mecánica, y todos los días iban á ver desde un desmonte poner placas giratorias en las cercanías de la estación del Norte; otra temporada se dieron á la construcción, entreteniéndose en ver levantar piedras en edificios nuevos; después mostraron afición á la industria, contemplando en los balcones de la calle del Peñón las tripas de las monda-guerías, y hasta hicieron observaciones de carácter fabril en la Ronda de Toledo con las tiras de fósforos de cartón puestos á secar al sol. No quedó rincón madrileño que no vieran, desde el Campo de Guardias hasta la Pradera del Canal, y desde la Fuente de la Teja hasta Ventas del Espíritu Santo, ni encrucijada por donde no pasaran, siendo uno de sus placeres favoritos examinar los lugares del Madrid antiguo, descritos en novelas de capa y espada á cuarto la entrega, en los cuales aprendieron á retazos y malamente episodios que les hacían mirar ciertos sitios con un respeto entre ridículo y poético, dando como seguro que Felipe II presenció el asesina-

to de Escobedo, desde un portal de la calle de la Almudena, y comentando, como si hubieran asistido á ellas, la muerte de Villamediana junto á San Ginés ó aquella aventura en que Quevedo desafió á un hidalgo que había pegado un bofetón á una señora.

¡Qué diferencia había entre el entusiasmo con que iban adquiriendo aquella dislocada erudición de lances madrileños y el desprecio con que miraban las biografías latinas de Cornelio Nepote y los *Trozos escogidos*, que á ellos les parecían la pura esencia de lo inaguantable! A clase de Geografía y de Historia de España les gustaba ir; pero en las de Latin y Religión no les echaban la vista encima sino en días de lluvia, cuando no sabían dónde llevar el cuerpo. En Abril y mayo *apretaban*, y á primeros de Junio volvían á casa examinados, ovantes, con buena nota y con el susto fuera del cuerpo. De esta suerte, pasando mucho y estudiando algo, pero asimilándose su inteligencia fácilmente lo que aprendían, llegaron á ser término medio entre el estudiante sorbedor de textos, que suele al fin no servir para nada, y el pigre holgazán, que degenera en pillastre.

Hacia 1868 se graduaron de bachiller,

siendo ya dos mocitos que echaban requiebro á las modistas, y poco después sus familias determinaron darles carrera. Ambos padres decidieron que estudiaran leyes. En Don José, que era un español á la antigua y para quien no había profesión seria refrendada por un título académico, influyó mucho el recuerdo de la respetabilidad que á sus ojos tuvieron los oidores y magistrados de chancillerías y audiencias mientras él andaba de provincia en provincia como humilde empleado. No se le ocultó que había de costarle muchos sacrificios, pero cedió á la tentación de ver á su hijo hecho personaje de toga con vuelillos. Para él la abogacía era lo de menos: al decir abogado, no concebía al chico defendiendo pleitos sino administrando justicia. Millán siguió el ejemplo de Pepe, por que estimaba bueno cuanto éste hacía.

La vida de verdaderos estudiantes les duró poco. Ambos tuvieron que abandonar la carrera apenas empezaba. El infortunio se cebó en sus hogares de modo parecido, y aquella amistad de niños, fundada en juegos y paseos, fué lazo que vino á estrechar la desgracia.

El padre de Millán tenía en los barrios ba-

jos una modesta imprenta donde, por hacer favor á un amigo, tiró varios números de cierto periódico clandestino. Una noche le sorprendió la policía, y cerrando la imprenta se llevó al dueño al Saladero, donde permaneció, gastándose los ahorros en un cuarto de pago, hasta que el 29 de Septiembre las turbas le sacaron poco menos que en triunfo con otros presos políticos. Lo que no pudo devolverle la justicia popular, enérgica pero tardía, fué el dinero prodigado á carceleros y guardianes para que no le molestaran, y al escribano para que activara la causa, ni tampoco la parroquia perdida con la clausura de la imprenta.

Cuando el pobre salió de la cárcel, consumida su fortuna, tuvo que resignarse á ser oficial de cajista. A sus años el golpe era demasiado duro, y una afección crónica que tenía en los ojos se le agravó tanto, que le fué imposible continuar trabajando. Millán no dudó un instante respecto á la determinación que debía seguir: "—Padre— dijo— como me he criado en la imprenta, conozco el oficio y todo lo que en él se hace, Búsqueme vd. trabajo, que con mi jornal habrá para dos, al menos para vd., que yo necesito poco." Los libros de Derecho, apenas manejados, cediéron

el puesto á las cuartillas de original: Millán entró de corrector de pruebas en uno de los primeros establecimientos tipográficos de Madrid, cuyo principal al poco tiempo le encomendó gran parte de la dirección de la imprenta: soñó con ser letrado y quedó reducido á la condición de obrero, en lo más noble que puede producir la inteligencia humana, pero obrero al fin, sujeto á un jornal que merma con la fiebre de un día y acaso falta en la ocasión en que es más necesario. Cuando tomó aquella resolución, dijo á Pepe, dándole cuenta de su situación: —“¡Cómo ha de ser! Vamos á seguir rumbo distinto: tú llegarás donde te lleve la suerte; en cuanto á mí... soy hombre al agua.” Pepe demostró á su amigo que la desgracia no era fuerza bastante á quebrantar la ley que le tenía. A veces iba por la tarde á hacerle compañía á la imprenta; al anochecer solía buscarle para pasear juntos, y si le encontraba en la calle, cuanto más derrotado y pobre de ropa le veía, mayor afecto le mostraba, cuidando de no darle ni aun aquellas bromas que, si antes le parecían lícitas, ahora se le antojaban ofensivas.

Dentro de aquel año les igualó la desgra-

cia. La exígua cantidad de renta del Estado, en que don José tenía invertidas sus economías, quedó, con los préstamos que sobre ella tomó y por el retraso de los pagos, reducida casi á la nada; la jubilación sufrió considerable descuento, las modestas alhajas de doña Manuela presto aprendieron el camino del Monte, y hasta las ropas hubo que empeñar. En la casa de la calle de Botoneras penetró al fin la escasez, con su cortejo de tristezas, como antes había penetrado en la pobre imprenta de los barrios bajos; pero si Millán sabía un oficio, Pepe carecía de conocimiento alguno que pudiera serle útil contra el infortunio. Entonces se pensó en buscar para él una colocación ó destino. Las cartas que escribió don José, las visitas que hizo hasta que se lo impidió su dolencia, las antesalas que cruzó no son para contadas. Por fin, un antiguo amigo suyo metió al chico, con un empleo de 5.000 reales, en la Biblioteca del Senado. Pepe, como funcionario público, iba á ganar casi la mitad de lo que daban á Millán por regentar la imprenta.

Si cuando chicos no les maleó el exceso de libertad, de grandes no les doblegó la desgracia; ni tampoco intentaron, por salir de

apuros, vadear malamente aquella torcida corriente de su vida que comenzaba á encreparse. Juntos nadaron á pecho abierto contra ella: y sin pensar que podia por malas artes vivir á lo perdido, ó abandonar á sus familias, comenzaron á trabajar, Millán en la imprenta que le confiaron, y Pepe en su humilde empleo de la Biblioteca del Senado. Como éste tenia más horas libres que aquél, y se iba muchos ratos á hacerle compañía, Millán le rogaba con frecuencia que le ayudase, de donde se originó que, durante una larga temporada en que hubo prisas en la imprenta, Pepe se pasó noches enteras corrigiendo puebas; lo cual su amigo le enseñó con pocas advertencias, y él perfeccionó en algunas semanas. Una alteración de personal que hubo por entonces en la imprenta, inspiró á Millán la idea de aquel favor, que su amigo frecuentemente le hacia, sólo para ganar tiempo y anticipar la hora de salir juntos, podia redondar para Pepe en una ganancia, no grande, pero sí oportuna, dada la situación de su casa, donde la necesidad se iba entrando á banderas desplegadas desde que comenzó á agravársele á don José la enfermedad de las piernas. Ello fué que, al cabo de tres

meses, estando un domingo de paseo, y solos, Millán le dijo:

—Tengo que proponerte una cosa. Creo que te conviene, pero no he podido resolver nada sin contar contigo.

—Habla, chico.

—Desde hace más de tres meses que arrejó el trabajo, vienes casi todas las noches á buscarme, y para una vez que consigo acabar temprano y podemos ir un rato al café ó á dar vueltas charlando por las calles, lo general es que tengas que quedarte allí corrigiendo galeras. Al principio no sabías lo que te pescabas, lo que tú corregias tenia yo que volver á mirarlo. Hoy, la verdad lo que para un cajista cualquiera ofrecia ciertas dificultades, lo has aprendido tú en seguida y bien. Por otra parte, me parece una primada que á lo mejor te pases allí horas enteras sin sacar nada en limpio.... En fin, chico, ayer se ha marchado uno de los correctores, el que iba de noche... ¿quieres la plaza? Si se lo digo al amo, te la da. Tú le convendrías á él con pedirle dos reales menos que otro cualquiera, y á tí, como son pocas horas, de noche, y yo te taparé cuando faltes... vamos,

que puedes ganar eso... si no te repugna...
Díselo á tu padre.

—Y ¿por qué me ha de repugnar? ¿Qué tengo que decirselo á mi padre? Acepto desde ahora... y te lo agradezco de veras. Puedes creerme: ya ves cómo estamos en casa.

—Siempre serán diez y ocho ó veinte reales más al día.

No era posible aumentar la amistad que les unía; pero este rasgo contribuyó mucho á afianzarla y, además, hizo que fuera su trato más frecuente, por la índole del trabajo que les ocupaba. Así, los que de muchachos comenzaron juntos á corretear por las calles y pisar las aulas del Instituto; los que juntos pensaron seguir una carrera de las reservadas á gente, si no poderosa, al menos acomodada, juntos también, forzados á renunciar á ella, emprendieron la pendiente áspera, y á veces sin fin, que suben en la vida los que se mantienen por sus manos. Menudearon con esto las idas de Millán á casa de Pepe, y aquél, que cuando chico no paró ojos en la hermana de su amigo, fué luego encariñándose con ella hasta que, insensiblemente, como á veces quiere el amor que sean estas cosas, se fijó en lo bonita que era, consideró las

pocas exigencias que había de tener mujer tan hecha á batallar con la necesidad, y pensó que le convenia para propia. Como esta idea fué resultado de mucho mirar á Leocadia, hablar con ella y observarla, buscando ocasiones en que estudiarla el genio, lo notaron los padres y el mismo Pepe: de surte que casi antes de que Millán demostrara su amor con atenciones y cuidados, ya ellos lo habían sorprendido sin enojo en sus impaciencias y miradas. Leocadia empezó á recibir las pruebas del afecto de Millán con el agrado natural que tiene la mujer para acoger las primeras palabras dulces que escucha; contenta, satisfecha, casi agradecida, mas sin que el querer produjera en ella impresión tan honda como la que estaba haciendo Millán.

Este, sino se sentía aun verdaderamente enamorado, estaba en camino: á ella, más que el novio mismo, le gustaba la sensación moral, nunca experimentada, de saber que había un hombre que gozaba mirándola. Sus corazonces no estaban, sin embargo verdaderamente unidos. A veces, cuando sentados todos, de noche, en torno de la camilla, leían periódicos ó jugaban al tute por distraer á Don José, Millán, espiando á Leocadia con el

rabillo del ojo, creía descubrir en su fisonomía de madrileña vivaracha un gesto indefinible, un nublarse repentino de las pupilas, una ligera sombra de tristeza, en medio de risa, que delataban incompletamente cierto afán de aspiraciones vagas ó impulsos latentes de ambición mal entendida. Doña Manuela y Don José dieron á los chicos por novios apenas hubo indicio para ello: Pepe, más listo, adivinó que Millán quería á su hermana, pero que ella no estaba tan enamorada como él.



III

En su primera época de estudiante, casi niño, no fué Pepe de esos muchachos que se sientan lo más cerca posible del maestro, aprendiendo de memoria, como loros, cuanto se les manda, antes por obediencia y aplicación irreflexiva que por verdadero amor á estudios que aún no entienden, pero tenía inteligencia sobrada para comprender que había de llegar un día en que de todas aquellas asignaturas y materias, que juntas querían meterle por fuerza de golpe en la cabeza, tendría que fijarse en alguna, decidirse y estudiarla, confiando á la perseverancia en el trabajo su porvenir y el amparo de los suyos. Durante esos años, en que el hombre ignora la realidad de sus tendencias y la índole de aquello á que debe dedicarse, él, entre dudas y vacilaciones,